

**EL DEBATE SOBRE EL ORIGEN CULTURAL DE EL TAJÍN**

**THE DEBATE ON THE CULTURAL ORIGIN OF EL TAJIN**

Daniel Nahmad Molinari

**Notas sobre el autor:**

Licenciado en Antropología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Maestro en Ciencias en Agroecosistemas Tropicales por el Colegio de Posgraduados y Doctor en Estudios Mesoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador del Centro Veracruz del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Nivel 1 del SIN.



<https://orcid.org/0000-0002-6841-9364>

Esta investigación fue financiada con recursos del autor. El autor no tiene ningún conflicto de interés al haber hecho esta investigación.

Remita cualquier duda sobre este artículo al siguiente correo electrónico:  
[beduino365@gmail.com](mailto:beduino365@gmail.com)

Recibido: 01/12/2021    Corregido: 10/04/2022    Aceptado: 29/04/2022



Copyright (c) 2022 Daniel Nahmad Molinari. Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).



## **EL DEBATE SOBRE EL ORIGEN CULTURAL DE EL TAJÍN**

## **THE DEBATE ON THE CULTURAL ORIGIN OF EL TAJIN**

### **Resumen**

La identidad cultural del pueblo que construyó la extraordinaria ciudad arqueológica de El Tajín ha sido uno de los problemas más acuciantes de la arqueología veracruzana a lo largo del siglo veinte y lo que corre del presente, se ha atribuido a grupos totonacos, huastecos y nahuas. El artículo ofrece el estado de la cuestión de las propuestas más destacadas, elaboradas por los especialistas que han abordado la problemática desde las distintas disciplinas de la antropología: arqueología, lingüística, etnografía, etnohistoria y antropología física. Se destaca la necesidad de más investigación en el área, así como la revisión crítica del aparato conceptual para el análisis de lo étnico y los límites culturales. Concluimos revalorando la vieja posición de Wigberto Jiménez Moreno de un Tajín nahua-tonotaco, creado después de la diáspora teotihuacana y visitado, e incluso habitado, por una diversidad de grupos étnicos y lingüísticos, entre ellos los huastecos. Observamos la necesidad de analizar el asunto desde nuevos paradigmas de investigación.

*Palabras clave:* Origen cultural, El Tajín, totonacos, huastecos, nahuas.

### **Abstract**

The cultural identity of the people who built the extraordinary archaeological city of El Tajin has been one of the most pressing problems of Veracruz archeology throughout the twentieth century and so far, it has been attributed to Totonac, Huastec and Nahua groups. The article offers the state of the matter of the most outstanding proposals, elaborated by specialists who have approached the problem from the different disciplines of anthropology: archaeology, linguistics, ethnography, ethnohistory and physical anthropology. The need for more research in the area is highlighted, as well as the critical review of the conceptual apparatus for the analysis of ethnicity and cultural limits. We conclude by reassessing Wigberto Jimenez Moreno's old position of a Nahua-Totonac Tajin, created after the Teotihuacan diaspora and visited, and even inhabited, by a diversity of ethnic and linguistic groups, including the Huastecos. We observe the need to analyze the matter from new research paradigms.

*Keywords:* Cultural origin, El Tajin, Totonacs, Huastecs, Nahuas.

## **El origen de una inquietud académica**

En el año 2002, el Mtro. Pablo Valderrama criticó acremente un cartel elaborado para una campaña de difusión en las comunidades de El Tajín y cuyo texto decía “Manos totonacas lo hicieron, manos totonacas lo protegen” y que mostraba una imagen de las pirámides de esa zona arqueológica. La base fundamental de la crítica de Valderrama era que El Tajín no había sido construido por los totonacos, afirmando que esto lo confirmaban diversos estudios.

En el mismo contexto el Dr. Juergen Brueggemann, entonces director del proyecto arqueológico de El Tajín respaldó la propuesta de que los totonacos no habían sido los constructores de este importante sitio, incluso su ponencia, publicada tiempo después, apuntaba hacia los estudios de ADN para abundar en la comprobación de esta posición (Brueggemann, 2010).

En contraparte, la Mtra. Carmen Rodríguez defendió la construcción del cartel como correcta, al plantear que no había la certeza científica de quien había construido El Tajín, y la controversial cita se sustentaba en que los totonacos mantenían en la memoria colectiva su identidad con la ciudad sagrada, hecho comprobable por un mito de origen rescatado por Roberto Williams y Crescencio García (1980), en el que el simbolismo arqueológico del trueno se correlaciona con la leyenda del trueno viejo, vigente en la tradición oral de los pobladores de El Tajín.

A pesar de la autoridad con que se afirmaba que esta ciudad no es totonaca, de la certeza con que se decía de que este grupo había venido ya durante la decadencia de la propia ciudad, yo no encontraba los argumentos suficientes para seguir sustentando estas afirmaciones, como tampoco los encontraba para quienes decían que sí es totonaca.

El asunto arqueológico de la identidad étnica de El Tajín es uno de los problemas más agudos en la discusión de la arqueología veracruzana, sin embargo, la revisión de los planteamientos hechos por los especialistas me llevó a concluir que el asunto, lejos de encontrarse resuelto y probado, como la crítica que Valderrama suponía, se hallaba totalmente indefinido, con posiciones encontradas y con argumentos no siempre sólidamente sustentados.

Por otro lado, las poblaciones totonacas contemporáneas reclaman la paternidad sobre la ciudad antigua, la que sigue funcionando como importante lugar sagrado de este pueblo. Esta reivindicación, ha hecho de la divulgación de lo totonaco como lo vinculado a El Tajín una realidad en el pensamiento popular contemporáneo. Estos elementos acrecentaban la duda.

La vinculación de lo totonaco con la cultura de El Tajín ha llegado al absurdo de poblar de caritas sonrientes la iconografía moderna de la región. Este elemento arqueológico no se encuentra en los estratos arqueológicos de esta área ya que es representativo de los pueblos antiguos de la cuenca del Papaloapan, mucho más al sur, pero que también se han identificado como totonacos. No existe evidencia de que estos elementos hayan formado parte del complejo cultural de la región centro norte de Veracruz, donde se halla El Tajín, la cual presenta características particulares bastantes diferenciadas de la región central sur, como lo han hecho ver estudios arqueológicos (Wilkerson, 1974; Daneels, 2015). Las caritas sonrientes han sido difundidas en el área de El Tajín por autores contemporáneos como Teodoro Cano, pintor y muralista papanteco, alumno de Diego Rivera.

Esta confusión surge de la discusión del problema de lo totonaco en la arqueología veracruzana, discusión que, si bien ha tenido bases en los datos de cada época, no por ello ha dejado de estar cargada de prejuicios originados en posiciones políticas o ideológicas. García Márquez (2014) llega a afirmar que el Totonacapan es una invención primero de los cronistas y después de los lingüistas y antropólogos, asunto del que hablaremos más ampliamente en las conclusiones de este trabajo.

Inicié así una incursión académica en esta acuciante discusión, en la que aparecían visiblemente dos importantes grupos étnicos o lingüísticos implicados en la construcción de la importante zona arqueológica: totonacos y huastecos. Al revisar los aportes académicos a la discusión, un tercer grupo étnico apareció como una propuesta distinta del origen cultural de El Tajín, los nahuas.

Me parece que es necesario replantear la discusión y buscar orientar la investigación hacia una historia cultural de la región y de los grupos étnicos que se hallan involucrados en su devenir, es preciso, además, el

construir un nuevo andamiaje teórico que nos permita dilucidar una realidad compleja de las identidades culturales que han dado forma a esa historia cultural regional y salir de los viejos paradigmas que encasillan el pensamiento y la riqueza de un área cultural diversa y dinámica. No solo por afanes propiamente académicos, también es preciso proporcionar a los interesados en nuestro patrimonio cultural, a través de la difusión del conocimiento, datos más cercanos a la realidad arqueológica y etnográfica que a las posiciones ideológicas de los investigadores participantes en la polémica.

Así mismo, es preciso aportar elementos que contribuyan al reconocimiento de los grupos étnicos de su propia historia, la cual, desafortunadamente, no está siendo investigada ni escrita por miembros de los grupos culturales implicados en el debate, lo cual sigue siendo una importante carencia en la discusión.

Presento en este artículo el estado de la cuestión de la polémica sobre la identidad cultural de El Tajín arqueológico, poniendo nuevamente el asunto en la mesa de manera crítica, con sugerencias para avanzar en el conocimiento antropológico interdisciplinario del territorio y de los pueblos que lo han conformado históricamente.

### **Estado de la cuestión**

En la región hay indicios de grupos locales y se deja sentir la influencia olmeca en el periodo Preclásico (Pascual, 2006; Wilkerson, 1989), propiamente la ciudad arqueológica de El Tajín tiene sus orígenes hacia los años 800-900 de la era en que se inician las primeras fases de crecimiento urbano, desarrollándose como un gran centro ceremonial y político administrativo y teniendo su esplendor hacia los años 1200, iniciando de ahí un proceso de decadencia que la llevan al abandono. El Posclásico es un periodo poco estudiado arqueológicamente en el área, se sabe que hay un asentamiento menor en los entornos de la zona arqueológica y parece haber evidencias de un asentamiento mayor en Chote Coatzintla, ambos con influencia del altiplano central, pero son datos sin constatación en la literatura.

A la llegada de los españoles, Tajín se encontraba abandonada como ciudad, las poblaciones campesinas de habla totonaca y de patrón de

asentamiento disperso que ocupaban el territorio, conocían el sitio y lo concebían como lugar sagrado, como hasta la fecha sucede. Esta situación es claramente observable en los hallazgos de entierros ceremoniales posteriores a la decadencia de la ciudad (Lira y Ortega, 2004) o en la descripción que hiciera Diego Ruiz en 1785, en el reporte de su visita al lugar como inspector de tabaco del gobierno colonial, hecho al que se atribuye el descubrimiento de la ciudad antigua para la cultura occidental; como refiere el padre Márquez: “bien parece que los indios naturales de él (Tajín) no lo ignoraban, aunque jamás lo revelaron a español alguno...” (Márquez, 1785). El hecho parece confirmarlo Pula Krotser quien dice:

Se sugiere que la población tardía vivió al sur del centro ceremonial, pero que visitaba los templos para rendir culto a sus dioses, en la forma en que los pueblos del Posclásico visitaban la pirámide de Teotihuacán y los grandes templos de Tikal. (Krotser y Krotser, 1989, p. 290)

La primera mención hecha por Diego Ruiz, replicada por el padre Márquez, carece de referentes étnicos sobre los constructores de las pirámides que reporta; así, a lo largo del siglo XIX distintos viajeros y científicos (entre los que se destacan además del padre Márquez, Humboldt, Dupaix, Nebel, Maler, entre los más destacados) hicieron observaciones sobre la, desde entonces, famosa zona arqueológica y su distintiva pirámide de los nichos, pero ninguno de ellos aventura una filiación cultural para los constructores de la ciudad antigua.

Será en el siglo XX cuando las investigaciones se desarrollarán sobre los cimientos de la nueva ciencia social, la antropología, desde esta perspectiva moderna de la investigación cultural, el problema de la filiación e identidad étnica de los grupos sociales se vuelve un tema de fundamental importancia en la construcción de la explicación científica de los procesos sociales desarrollados en el área que uno de estos nuevos científicos definió como Mesoamérica (Kirchhoff, 1960).

Así, García Payón nos refiere que:

la cultura de El Tajín ha sido atribuida a diversos pueblos, puede decirse que, desde el año de 1908, debido a un concepto de Selser, se fue formando una fuerte opinión que ha aceptado considerar esta cultura como perteneciente a los antecesores de los actuales Totonacas. (García Payón, 1943, p. 19)

David Andrade (s.f.) sugiere que quienes primero plantearon la filiación totonaca de El Tajín fueron Francisco del Paso y Troncoso y Galindo y Villa (Galindo y Villa, 1912), a partir de sus trabajos en la Comisión Científica de Cempoala y que se desarrollan desde finales del siglo XIX, aunque la publicación en la que lo hacen es posterior al congreso en el que Selser hace la propuesta de filiación totonaca de El Tajín.

Independientemente de quien es la paternidad de la filiación totonaca de El Tajín, y que se generaliza, ella obedece a la sobreposición de la cultura contemporánea totonaca a la cultura arqueológica. Pero también los estudios estilísticos de elementos significativos de la expresión simbólica de diversos grupos llevan a vincular lo totonaco con El Tajín, así Mena (1927, p. 53) al estudiar los yugos de la región los relaciona con la iconografía del sitio y plantea la filiación totonaca siguiendo a Paso y Troncoso y Galindo y Villa de manera expresa. Por su parte Krickeberg (1933) llega a conclusiones similares desde el estudio de yugos y palmas de diversas regiones del Golfo de México.

Los totonacos ocupaban a la llegada de los españoles un amplio territorio desde la cuenca del río Cazones al norte, hasta la del Actopan al sur (Kelly y Palerm, 1952). Más tarde, a pesar de la transformación demográfica que la Conquista y la Colonia significó en toda Mesoamérica y entre los totonacos, el núcleo de hablantes de esta lengua permaneció resistiendo en la región de Papantla, a la que pertenece El Tajín, de ahí que los investigadores empezaran a asociar la cultura antigua con la que ocupa ahora el territorio.

Los cronistas registraron la existencia de un importante grupo étnico con el que los españoles establecieron sus primeros contactos e hicieron alianzas para la conquista del imperio mexica, los totonacos. Sus indagaciones sobre este grupo les llevaron a asentar una serie de datos sobre sus costumbres y vida, pero también sobre su origen según la tradición oral.

Sahagún dice que, “esos *ttonaques* están poblados a la parte del norte, y estos se dicen ser *guastecas*” (Sahagún, 1969, p. 201). La cercanía e interacción entre huastecos y totonacos hacen que frecuentemente se asocien estos dos grupos lingüísticos, como en la cita de Sahagún. El propio cronista menciona la diversidad de la región costera del Golfo en

la que se hablaba el nahua, el otomí, el huasteco y el totonaco. Muy probablemente se llamaba totonacos a los habitantes de las tierras cálidas del Golfo de México.

Según Elio Masferrer:

Las versiones de las relaciones geográficas son contradictorias; en Tlacolula los informantes mencionan “*aver* salido de la mar, que fueron cuatro, de los cuales salieron muchos indios de esta lengua totonaque y poblaron *treze* pueblos”. En San Esteban, localidad dependiente de Tetela, los informantes nahuas explican que la nación totonaca tiene ese nombre “porque vinieron de hacia dónde sale el sol”. (Masferrer, 2009, p. 84)

Contradictoriamente:

Torquemada informa que los totonacos salieron del legendario Chicomostoc en compañía de los Xalpanecas que eran de su misma lengua, deteniéndose en Teotihuacán “y afirman *aver* hecho ellos, aquellos dos templos que se dedicaron al Sol, y Luna que son de grandísima altura”. (Torquemada, 1944, p. 278) renglones más adelante asienta que abandonaron Teotihuacán yendo a Atenamitic (Zacatlán) de donde pasaron 4 leguas más adelante comenzando su primera población. El grupo “se fue *estendiendo* por toda aquella serranía, por muchas Leguas, *bolviendo* al Oriente y dando en las llanadas de Cempoala”. (Williams, 1962, p. 7)

Roberto Williams formula una hipótesis basada en los informes de Torquemada:

los totonacos procediendo de la costa llegaron hasta Teotihuacán, después de cierto tiempo de permanencia emprendieron el retorno, reduciéndose su territorio. (Williams, 1962, p. 8)

Queda sin aclarar la ubicación del legendario Chicomoztoc, cuestión que, como dicen algunos autores, puede aducirse a la confusión entre mito, leyenda y tradición histórica (López, 1973; Ochoa, 1989).

Según los estudios históricos de Melgarejo Vivanco, los totonacos realizaron una gran expansión hasta el Altiplano entre los años 63 y 271; de 271 a 479, “realizarían la etapa de su primera gran actuación. Se decían constructores de Teotihuacán”. En otra cita dice Melgarejo que en los siglos XII y XIII llegan a El Tajín empezando la construcción de la famosa Pirámide de los Nichos en 1207 y una segunda etapa en 1311 (Melgarejo, 1949) propone también una influencia tolteca en la cultura de El Tajín (Melgarejo, 1985).

A pesar de su muy frecuente tendencia a presentar datos sin sólido sustento, Melgarejo llegó a plantear sugerentes propuestas sobre la cultura prehispánica, independientemente de su posición político-académica que lo llevó a ser el principal promotor de la totonaquización de todo lo arqueológicamente relevante en Veracruz y a sustentar la identidad veracruzana en este grupo étnico.

Otro importante pensador que comparte ideas con Melgarejo es Alfonso Medellín Zenil, quien en su estudio de las cerámicas del Totonacapan se alinea firmemente con la propuesta de un Tajín totonaco y con la propuesta de su maestro Melgarejo Vivanco, ambos son los principales defensores de esta propuesta (Medellín Zenil 1960, p. 54).

A estos pensadores que destacan la importancia de lo totonaca habría de sumarse José García Payón (1943), quien fue uno de los más importantes arqueólogos que investigara El Tajín, que interrelaciona una serie de datos arqueológicos, etnohistóricos y lingüísticos que se hallaban disponibles en su época y resume que los constructores de El Tajín pudieron haber sido los totonacas. Esta posición de García Payón varió a lo largo de su vida en distintos momentos (Daneels, 2006), ya en otro texto más tardío supone una filiación huasteca de El Tajín (García Payón, 1976).

En esta discusión es interesante destacar los importantes elementos iconográficos, principalmente las volutas entrelazadas, que se asocian inmediatamente con la cultura de El Tajín, presentes de manera importante en ciertos sectores de la gran ciudad sagrada de Teotihuacán, en tiempos previos al apogeo de esta expresión simbólica en el propio Tajín, una revisión de este tema puede verse en el texto de Jesús Sánchez (2004). Este mismo simbolismo es el que como vimos, llevó a Krickeberg y a Mena a plantear la relación de lo totonaco con El Tajín.

La presencia de este elemento simbólico, las volutas entrelazadas, en yugos y hachas ha servido como referente para el análisis de la expansión de la llamada cultura Tajín por Mesoamérica en distintos estudios. Sin profundizar en este aspecto, habría que hacer notar la continuidad de las volutas hasta la época contemporánea, en un estudio de Stresser-Péan (2013) donde se pueden ver en las fotografías, adornando los teponaxtles

sagrados de madera que investiga en comunidades totonacas actuales de la sierra norte de Puebla, tema digno de otro análisis más profundo.

Ramón y Paula Krotser (1989) concluyen que las relaciones más intensas de El Tajín se dieron con el centro de Veracruz en el periodo Clásico, sin afirmar la filiación totonaca del sitio.

Román Piña Chan y Patricia Castillo intentan una síntesis del proceso histórico cultural de El Tajín, planteando que los grupos del centro de Veracruz, asociados con la cultura Remojadas y que llaman “tononacos en evolución”, fueron quienes dieron origen a El Tajín, aunque otro grupo se trasladó hacia Teotihuacán, de donde al cabo del tiempo con la diáspora también llegarían al Tajín ya consolidado. Proponen también la irrupción hacia el año 900 de grupos teochichimecas en el periodo que iconográficamente se asocia con la llegada de 13 Conejo al Tajín (Piña Chan y Castillo, 1999).

García Payón (1943) hace una serie de consideraciones sobre la configuración regional del Totonacapan desde la perspectiva de la intensa movilidad poblacional que se desarrolló en la época prehispánica, así, partiendo del análisis de los topónimos nahuas existentes en toda la región y la poca presencia de los de origen totonaca, llega a pensar en la presencia de poblaciones antiguas de hablantes de aquella lengua dejaron su sello en la descripción geográfica regional, y dado que los mexicas tuvieron poco tiempo de dominación de la región y los toltecas no se hacen evidentes en la misma, prefiere pensar en los teotihuacanos como los generadores de esta huella nahua en la cultura regional.

No fue García Payón el primero en especular sobre la presencia teotihuacana en el área, quizá el primero en plantear la presencia nahua en El Tajín fue Enrique Juan Palacios (1940, pp. 72-73), quien propone que grupos nahuas directamente vinculados con Teotihuacán fueron los constructores de El Tajín.

En la misma época y con base en sus estudios cerámicos Du Solier sostiene que El Tajín “pudiera tener sus raíces primordiales en Teotihuacán” para luego seguir “una evolución propia y vigorosa” (Du

Solier, 1945, p. 190), aunque también Du Solier hace planteamientos de la filiación huasteca del sitio como veremos.

La filiación nahua de los constructores de El Tajín fue también propuesta por Ignacio Bernal (1984) y por Wigberto Jiménez (1959), quienes consideraron que fueron nahuas pipiles los constructores de El Tajín (Delgado, 2004).

Wigberto Jiménez Moreno (1974) propuso una interesante hipótesis intercultural en la formación de El Tajín, proponiendo a grupos nahuas y totonacos, procedentes de Teotihuacán, en una simbiosis como la que existe actualmente en la sierra norte de Puebla, como los creadores de la cultura de El Tajín, abundaremos en esta propuesta en nuestras conclusiones.

El problema de la presencia nahua por las migraciones del Clásico tras el colapso de Teotihuacán, que han sido analizadas sólidamente para la región sur de Veracruz por García de León (1976), ha sido poco estudiado en el norte del estado. Wilkerson incursiona en el tema y observa la poca investigación existente (Wilkerson, 1994).

El trabajo de Andrés Hasler sobre el nahua de La Huasteca es un aporte reciente en este sentido, afirma en su estudio que El Tajín en el Epiclásico era nahua pipil (Hasler Andrés, 2014). Por otro lado, Beatriz Barba de Piña Chan (2000) propone en su análisis de los tableros del juego de pelota, la influencia tolteca chichimeca en la iconografía y mitología expresada por los escultores antiguos de El Tajín; la era tolteca dice, que se expresó en muy diversas culturas mesoamericanas.

Nosotros hemos observado la profunda presencia nahua a través de los estudios de la cerámica y de las voces para su expresión en las comunidades contemporáneas de El Tajín (Nahmad 2018), planteamos la necesidad de abundar en el estudio de esta presencia para discernir el origen cultural de la ciudad arqueológica y la historia cultural de la región.

Al respecto, y continuando con el debate de lo nahua en la costa del Golfo de México, es muy significativo el estudio de García Márquez (2014) a partir de la comparación etnohistórica y arqueológica de la ciudad de

Cempoala, la cual siempre se había considerado totonaca y él demuestra la clara influencia nahua en su conformación, aunque el estudio se sitúa en el periodo Posclásico nos hace observar la necesidad de replantear el análisis. García Márquez es un duro crítico del concepto de Totonacapan como área cultural que, según propone, es una invención de cronistas y antropólogos.

Sin embargo, la influencia teotihuacana es descartada a partir del análisis estadístico de la cerámica por autores como Brueggemann y sus alumnos, quienes nos dicen: “No se ha detectado una presencia significativa de cerámicas del altiplano central, por lo que la tesis teotihuacana no tiene sustento en la evidencia arqueológica del lugar” (Brueggemann, et al. 2006, p. 189).

Brueggemann, quien mantenía la idea de que no habían sido los totonacos los constructores de El Tajín, nunca afirmó contundentemente una filiación cultural para esta ciudad en sus obras publicadas y prefirió no entrar en controversia, llamando la “cultura de El Tajín” a los habitantes y constructores de la polémica ciudad, aduciendo que la filiación étnica era un tema para etnólogos y no para arqueólogos (Brueggemann, 1991).

Sin embargo, Pascual (2006) mantiene, según los datos reportados por otros autores y los recabados por él mismo, a partir de la presencia cerámica diagnóstica de Teotihuacán, que existe influencia del Altiplano y en particular de esta gran urbe, en la conformación cultural de El Tajín y su entorno regional.

El propio García Payón en un trabajo posterior, abona a la tesis de la ubicación serrana de los totonacos y su posible expansión hacia la costa, siguiendo la evidencia de materiales cerámicos en los emplazamientos serranos de Xiutetelco, Macuila, Yohualichan y Tlacuilolozoltoc, dice que la arqueología demostrará que:

originalmente el antiguo asentamiento de los totonacos se hallaba en la sierra de Puebla e Hidalgo y una parte de sus tierras altas, con una extensión en las faldas orientales de la sierra madre veracruzana, y que la penetración totonaca hacia las playas del Golfo, y posiblemente aun hacia el sur, fue provocada por la presión de las inmigraciones toltecas que invadieron su territorio y que deben haberse iniciado, según Veytia e Ixtlilxóchitl, en una época anterior a su llegada al valle de México. (García Payón, 1989, p. 232)

Dicha presión tolteca sobre los totonacas es la que según García Payón contribuyó a reducir el área de población huasteca al norte, separándola de su núcleo maya del sur, que según este planteamiento habría ocupado el Golfo de México desde tiempos antiguos. Este problema de la separación del grupo mayance huasteco del norte de Veracruz del núcleo principal en la península de Yucatán, Guatemala y el sur de México ha tenido una significativa influencia en la conformación cultural de El Tajín y en la discusión que aquí nos interesa. Así García Payón considera implícitamente el desplazamiento de grupos huastecos por totonacos venidos de la sierra.

Du Solier (1945a) es quien da la pauta para las primeras interpretaciones de un Tajín huasteco, ello a partir de sus estudios cerámicos en el sitio y en la región de San Luís Potosí y de Puebla en donde halla similitudes en la cerámica. También Barbro Dahlgren (Andrade, s.f.) sugiere un Tajín huasteco en su análisis de la arquitectura en La Huasteca y apoyándose en los datos cerámicos de Du Solier. Sin embargo, sería otro arqueólogo, alumno de García Payón, quien siguiendo las ideas de su maestro propone de manera fuerte el elemento huasteco como determinante en la filiación cultural de El Tajín, nos referimos a Jeffrey Wilkerson, quien sobre El Tajín nos dice:

La cultura de El Tajín, con El Tajín como su centro metropolitano, deriva básicamente de una tradición cultural regional del Formativo, modificada por la influencia olmeca en el final del periodo formativo temprano. Esta tradición regional tiene en toda su duración una estricta y predominante relación con el área norte del Golfo, la que se considera ser étnicamente huasteca... Comparten muchos atributos en común... Aunque el área norte del estado de Veracruz Central es más sensible a las regiones del Istmo y del centro de México, la cercanía es aquí un factor importante, y no hay razón para abogar por un grupo étnico distinto. Mientras las manifestaciones huastecas son evidentes a través de toda la cronología cultural de la región, no hay evidencia de presencia totonaca anterior a la época de la destrucción de El Tajín. (Wilkerson, 1989, p. 257)

El planteamiento de Wilkerson es la posición más fuerte sobre la filiación huasteca de El Tajín y se fundamenta en una larga cronología, la más completa que se ha propuesto de la arqueología regional, que está basada en las investigaciones realizadas por el autor en un sitio costero llamado Santa Luisa, muy cerca de Gutiérrez Zamora y del propio Tajín.

Así la situación se vuelve polémica si consideramos que una de las investigadoras que proponen los primeros y aún sólidos estudios cronológicos cerámicos de El Tajín, la Dra. Paula Krotser, no encuentra ningún elemento huasteco Posclásico en la cerámica regional y dice:

Debe mencionarse que en la misma zona no encontramos ningún depósito de ocupación con la cerámica Tardía que corresponde al “Pánuco V” de Ekholm (1949, p. 469) de esta hay pequeñas cantidades en la superficie y en el relleno de las principales estructuras ceremoniales. Es más abundante dentro de la congregación de El Tajín y en sus alrededores... una milla al sur de la entrada de la zona; pero aún allí, en los cinco pozos de muestreo que excavamos, no hubo ninguno de estos tipos más debajo de los 60 cm de profundidad. (Krotser y Krotser, 1989, p. 287)

El trabajo de Arturo Pascual es contradictorio y significativo de la complejidad del entendimiento de El Tajín desde una sola vertiente. En su texto *El Tajín: en busca de los orígenes de una civilización* (2006), abre la discusión y afirma contundentemente que El Tajín no es totonaco, sin embargo, para la interpretación simbólica que realiza de elementos iconográficos del sitio, recurre al análisis mitológico que realiza Alan Ichon (1973) entre los totonacos actuales, en su clásica obra sobre la religión de este pueblo, este aspecto es bastante contradictorio en la propuesta analítica de Pascual, ya que negó el vínculo de la cultura de El Tajín con lo totonaco, pero recurrió a la cosmovisión etnográfica totonaca para explicar la iconografía arqueológica del sitio.

Por su parte, Lira y Ortega (2004) esbozan una hipótesis interesante y especulan sobre la posible identidad de El Tajín vinculada a los grupos mayances, de lengua chicomucelteca hablada en Chiapas, relacionada fuertemente con el huasteco, ya que en algunas teorías postulan que llegaron de ese estado y que dieron sentido a la presencia de esta lengua en el estado de Veracruz. La propuesta, interesante por su originalidad, carece de mayor sustento y queda en el terreno hipotético al no haber mayores indicios de esta posibilidad.

La cerámica que se encuentra en El Tajín carece de una clara correlación con algún grupo cultural, o más bien, no se ha identificado una cerámica claramente diagnóstica de los totonacos en el periodo Clásico, como sí se ha hecho para los totonacos históricos o del periodo Posclásico y para los huastecos, ello hace más difícil la filiación cultural solo a partir de este rasgo.

Yamile Lira (1995) ha realizado una tipología que claramente caracteriza a la cerámica del sitio, con datos del Proyecto Tajín y revisando las tipologías de Du Solier, (1945) y de Krotser (1989), sin embargo, no establece la correspondencia con un grupo étnico o lingüístico.

La cerámica que se asocia con El Tajín y su área de influencia, denominada “terrazas lustrosas” y “bandas ásperas”, parece caracterizar más a una cultura regional que a un grupo étnico o lingüístico particular. David Andrade (s.f.) encuentra este tipo de cerámica en un muy amplio territorio del centro y norte del estado de Veracruz, a partir del análisis de diversos estudios.

El problema arqueológico no se fundamenta solamente desde la cerámica. Las particularidades arquitectónicas de El Tajín y sus nichos y cornisas, o la rica iconografía del lugar, si bien particularizan la cultura del sitio, hacen más complejo el problema de su filiación cultural o de los rasgos de su identidad en el ámbito regional.

Para David Andrade es muy difícil tratar de caracterizar la identidad de un grupo étnico a través de los rasgos materiales que hallan los arqueólogos, por lo que el problema no es qué grupo étnico es el que representa tal o cuales características, sino qué se entiende por grupo étnico.

A esta situación ha contribuido la escasa información regional, sobre todo de investigaciones arqueológicas en la sierra de Puebla, de donde otras líneas de investigación como la lingüística, histórica, arqueológica y genética, sugieren la procedencia de los pobladores del Totonacapan costero.

El problema desde la perspectiva lingüística es complejo y más aún su correlación con los datos arqueológicos, en particular la cerámica, como refiere Williams:

Podrían conjeturarse límites entre el huasteco y el totonaco-tepehua, en las etapas siguientes a la diversificación idiomática, si los arqueólogos tuvieran recursos para filiar los restos materiales con los grupos étnicos mencionados, estableciendo diferentes niveles de ocupación para estos grupos diversificados. (Williams, 1989, p. 75)

El problema de la relación glotocronológica del totonaco y el huasteco sería menor si se mantuviera la idea propuesta por Swadesh (1960) de un: “grupo maya-tononaco, tronco mayance, familia mayence, subfamilia yaxu...” (Gutiérrez, 2003, p. 26). Sin embargo:

La existencia de un grupo mayatotonaco es rechazada actualmente por la mayoría de los lingüistas y hasta el momento no se ha logrado la clasificación del totonaco-tepehua dentro de los otros grupos conocidos. (Gutiérrez, 2003, p. 37)

Dos posibilidades se han planteado para la lengua totonaca: la de su vínculo con las lenguas mayances y la de ser un idioma sin clasificación, situación muy similar a la del huave de Oaxaca (Morales, 2010). En esta propuesta se mantiene la idea de un grupo hablante de totonaco aislado en el Altiplano o en la sierra poblana y que bajó a ocupar la planicie costera de manera tardía hacia el 800 de nuestra era, debido a las presiones de grupos nahuas sobre los totonacos de la sierra, los orilló hacia la costa y apuntaló la cuña de otras lenguas entre el huasteco y el maya del sureste de la república. Esta propuesta refuerza la idea de que los totonacos no fueron los constructores de El Tajín.

Esta perspectiva se ha sustentado en la propuesta de Juan Hasler (1993), quien, a partir de los estudios comparativos de las variantes del totonaco, postula una irrupción de grupos totonacos de la sierra a la costa, misma que separaría la variante de Misantla del sur y las del norte, entre ellas la de El Tajín y el tepehua. Aunque esta perspectiva ha servido para justificar la llegada tardía de los totonacos a El Tajín, en su análisis lingüístico Hasler no afirma contundentemente este hecho, por lo que estamos hablando de una interpretación.

El problema de esta propuesta es la falta de filiación del totonaco, ya que nos lleva a una indefinición que no existía mientras se mantenían otros esquemas, como en los que se basa William cuando nos dice:

Se ha postulado que la costa del Golfo de México estaba cubierta por un *substratum* de gente macro-mayence, cuya unidad lingüística se rompió en siglos remotos, formándose dos ramas. Una, llamada mayence, comprende el idioma huasteco, localizado en la parte norte de la costa del Golfo. La otra rama, tozoque, que incluye el totonaco y el tepehua, y lenguas habladas más al sur (Hasler, 1958, p. 45). En esta diversificación han coincidido varios estudiosos (McQuown, 1942, p. 37), aunque las dos ramas reciban nombres

distintos, pero correspondientes a saber: macro-maya y macro-mixe. (Swadesh, 1959, p. 37)

A causa de esta afinidad lingüística no sorprende el encuentro de voces mayences en el vocabulario huasteco, tepehua y totonaco. (William, 1989, p. 66)

El problema lingüístico arroja, sin lugar a duda, importantes elementos para el conocimiento cultural de las sociedades presentes y pasadas, sin embargo, habría que aclarar que el idioma es solo un elemento cultural que permite la filiación de los grupos; en este caso estamos hablando de una filiación lingüística. Entre los grupos lingüísticos puede haber diferencias considerables de otros rasgos culturales, tal como sucede entre totonacos de la sierra, de la costa o los tepehuas.

La cuestión se hace más compleja si consideramos que El Tajín era una ciudad que concentraba poblaciones de distintas culturas, a partir de su carácter de ciudad sagrada, consideramos que a ella acudían poblaciones de etnias y lenguas distintas a rendir culto. Esto es, era una ciudad pluriétnica, un punto sobre el que profundizaremos más adelante.

Quizá la relación entre totonaco-tepehua y huasteco pueda ser reconsiderada con algunos otros elementos como los estudios de antropología física. Ya Faulhaber (1950, 1956) había apuntado “que el tipo físico de los tepehuas se asocia con otros dos: el de los totonacos y el de sus vecinos los otomís” (Williams, 1989, p. 75).

Desafortunadamente no contamos con elementos comparativos de Faulhaber entre totonacos-tepehuas y huastecos, situación que los nuevos estudios de ADN apuntan a subsanar, al haberse encontrado cercanía genética entre tepehuas y huastecos en estudios recientes realizados por un grupo de investigadores encabezados por González-Martín (2008), cuestión digna de un análisis más profundo.

Muy interesante resulta el estudio genético realizado al cobijo del proyecto de Morgadal Grande, encabezado por Arturo Pascual Soto y que sugiere una correlación genética entre los pobladores antiguos de la región de El Tajín y los nahuas (Reyna y Rangel, 2005).

Los esbozos en los estudios de antropología física sobre la relación entre los distintos grupos son apenas eso, esbozos. Se requiere un trabajo más sistemático y de mayor amplitud que nos permita mayores inferencias desde este particular acercamiento disciplinar, tanto en poblaciones arqueológicas como en las contemporáneas.

La investigación etnográfica, por su parte, no ha aportado muchos elementos para resolver el enigma de la filiación étnica de El Tajín, a reserva de la comparación simbólica del dios del trueno y los huracanes, el mismísimo Tajín, con la mitología registrada en los años cincuenta en el mito del trueno viejo, reportado por Williams García (1954), en el que se busca paralelismo entre ambos elementos. Sin embargo, Leopoldo Trejo (2014) ha demostrado que dicho mito es un complejo cultural mucho más amplio en el tiempo y el espacio; con ello consideramos que se desestima la liga directa entre el huracán del mito contemporáneo y el huracán del Tajín arqueológico.

El propio Trejo ha hecho notar que las características culturales totonacas varían regionalmente, destacando particularidades culturales entre los grupos totonacos que se ubican en La Huasteca meridional, que comparten con nahuas y otomís. Su trabajo de síntesis sobre la etnografía de los grupos totonacos (Trejo, 2012) es de gran relevancia y destaca la pobre investigación etnográfica en los totonacos de la costa, a no ser por la clásica obra de Kelly y Palerm (1952) sobre los totonacos de El Tajín.

La etnografía además no ha orientado sus preguntas teóricas a la resolución del problema de la historia cultural de la región, por lo que las propuestas de vínculo entre las culturas arqueológicas y las etnográficas no son más que puras especulaciones sin un sustento basado en estudios sistemáticos del problema.

Del mismo modo, las investigaciones etnohistóricas son pobres y nuevamente el clásico estudio de Kelly y Palerm (1952) es la única referencia sistemática al estudio histórico de las poblaciones de El Tajín, aunque habría que rescatar aquí también la revisión etnohistórica emprendida por Wilkerson (1994).

Como hemos mencionado, la filiación cultural a través de los restos materiales, particularmente la cerámica, es una problemática difícil,

como lo hace ver Williams en la cita que referimos en páginas anteriores y enfatiza más recientemente David Andrade en su análisis étnico de El Tajín.

Aún hace falta mucho análisis de los datos existentes para deducir aspectos significativos de la filiación cultural de los constructores de El Tajín; sin embargo, es mucho más grave la falta de investigación en diversos aspectos que nos permita ahondar en las interpretaciones sobre la conformación cultural de El Tajín.

Una de estas carencias es la falta de estudios arqueológicos regionales que nos permitan un análisis más amplio de la distribución de los materiales arqueológicos, como desde El Tajín hacia la sierra, en donde se encuentra Yohualichan (su posible enclave serrano) y de donde se supone proceden los totonacos, que llegaron a la costa en el periodo Clásico tardío según algunas teorías que hemos visto. En la sierra se encuentran importantes núcleos contemporáneos de totonacos y nahuas muy poco estudiados en términos arqueológicos, con lo que la correlación entre arqueología y etnografía es muy pobre.

Hace falta el estudio de los barrios y áreas habitacionales de la ciudad, así como su necesaria columna estratigráfica, aun sin estudiar, lo que nos hablará de sus pobladores más allá de las clases gobernantes y de las temporalidades en que fueron ocupando la ciudad.

Se requiere revisar la relación regional de El Tajín con la costa, ya que tradicionalmente se ha buscado su relación con el Altiplano, olvidando sus contactos culturales a través del mar. Las relaciones costeras entre los grupos que ocuparon el Golfo de México han sido poco consideradas en el análisis y debieron ser de gran relevancia: la influencia maya en El Tajín, por poner un ejemplo y que ha sido poco estudiada (Ochoa, 2003).

La investigación lingüística ha centrado su atención en los problemas estructurales y gramaticales de la lengua, y ha carecido de mayor análisis en lo que corresponde a la investigación glotocronológica y al apoyo en la conformación cultural regional, caso particular lo representa el importante vacío en la explicación de la presencia de importantes elementos nahuas en el habla totonaca.

La investigación en antropología física es escasa; desde los pioneros esfuerzos de Faulhaber se ha desatendido y se carece de aportes amplios y recientes sobre las comunidades antiguas y modernas con los que podamos bordar un análisis más profundo.

A la carencia de estudios etnográficos hay que sumar la falta de interés de la etnografía en la construcción de la historia cultural de la región, aspectos que requieren una reorientación de los estudios entre las poblaciones contemporáneas.

### **Posicionamiento a manera de conclusión**

El lector se preguntará cuál es la posición del autor de este artículo sobre tan intenso debate, intentaré responder esta pregunta advirtiendo que aún son más las dudas que las respuestas, ya que nuestra investigación en el tema es reciente, por lo que los resultados son preliminares, son nuevas hipótesis de trabajo para contribuir a un debate que, desde mi perspectiva, apenas se abre a nuevos paradigmas, que generarán con seguridad nuevos planteamientos.

He iniciado un estudio etnográfico con fundamento en los planteamientos metodológicos que se conocen como etnoarqueología, con el fin de aportar, desde la investigación entre los grupos indígenas contemporáneos, correlaciones analógicas que permitan hacer análisis del proceso histórico del área de estudio para contribuir a la discusión de la filiación y la historia cultural de El Tajín y su región.

Un primer resultado de esta propuesta de investigación fue el trabajo de etnografía de la cerámica de las comunidades del entorno de El Tajín (Nahmad, 2018), los primeros resultados si bien no resuelven la compleja problemática que significa la filiación cultural de los constructores de El Tajín, nos permitieron aportar al conocimiento etnográfico de la cerámica regional y ofrecer elementos analógicos con los datos de la cerámica arqueológica.

Un aspecto que destacamos en nuestro estudio fueron los importantes elementos de cultura nahua en el espacio totonaca contemporáneo, según los datos que nos arroja el estudio de la cerámica y las voces para llamarla, en donde aparecen voces nahuas para diversos objetos

cerámicos o vinculados con su producción, así como en otros elementos de la cultura totonaca, los cuales también tienen voces totonacas en muchos casos.

La influencia nahua está siempre presente en los diversos investigadores que han estudiado la región, pero muy poco fundamentada en estudios sistemáticos. Desde los pipiles tajinizados de que nos habla Ochoa (2003, p. 46), la ascendencia teotihuacana de los totonacos de la costa (García Payón, 1949; Medellín, 1963; Piña Chan y Castillo, 2001; Jiménez, 1974), la migración del pueblo totonaco ya nahuatizado de la sierra a la costa en el siglo XII (Brueggemann, 1991); la influencia Pipil en la iconografía y la política de Tajín (Velázquez, 2012); El Tajín Pipil (Hasler, 2000).

En el siglo XVI aún se siente fuertemente la presencia de lo nahua en la región, como nos lo describe Gerhard (1986) en su Geografía Histórica de la Nueva España, en donde encuentra hablantes de esta lengua en el Papantla colonial, e incluso un marcado bilingüismo nahua-tononaco. Hemos iniciado estudios lingüísticos en el totonaco de la región para tratar de desentrañar el origen de las voces nahuas que aún son comunes en el totonaco regional, buscando dilucidar si se trata de voces de nahua antiguo, pipil, o por el contrario son aportes de un nahua como lengua franca en el periodo Posclásico e incluso en la colonia. Ello nos ha llevado a recuperar como hipótesis la sugerente propuesta de Wilberto Jiménez Moreno quien nos dice:

De todo ello resulta: la lengua de los *Nonoalcá* –teotihuacanos epigonales– era el Nahua, lo que implica también que lo era de los Quinametín, teotihuacanos de la época clásica. Era esta habla, sin duda, la dominante en Teotihuacán –la primera urbe que recibió el nombre de Tollan (metrópoli)–, siendo sus habitantes los más antiguos *Tolteca*. Pero en esa ciudad cosmopolita coexistieron, seguramente, otros idiomas, como el chocho-popoloca, y seguimos postulando como portadores primordiales, al menos para Teotihuacán I-II, a *nahuas y totonacos (en una simbiosis comparable a la que hoy subsiste en la Sierra de Puebla) y estos serían también los portadores de la cultura de El Tajín* (subrayado nuestro). (Jiménez, 1974: 11)

Esta tesis de Wilberto Jiménez nos aporta una visión distinta de las simplistas propuestas de huastecos y totonacos y remite a una revisión de la concepción de los grupos étnicos y sus fronteras, que obliga a

repensar la conformación regional como un proceso intercultural con diversos aportes étnicos, cuestión planteada por Jiménez ya hacia los años cuarenta del siglo XX, pero no valorada en los estudios subsecuentes.

La propuesta de Wilberto Jiménez de un Tajín nahua-tononaco creado a partir de la diáspora teotihuacana nos parece la hipótesis más certera, un Tajín multicultural, tanto en su creación como en su funcionamiento como lugar sagrado. Así los aportes nahuas siguieron fluyendo, como plantean Piña Chan y Castillo con la llegada de grupos teochichimecas en periodos más tardíos. Por otra parte, grupos huastecos van a la ciudad sagrada con fines políticos, comerciales o religiosos, como parece encontrar María Eugenia Maldonado (presentación en conferencia) en su análisis de la iconografía de El Tajín, en donde descubre personajes con tocados totalmente huastecos entre las multitudes mostradas gráficamente en los ricos relieves de El Tajín, que se distinguen de los personajes locales, lo que parece evidenciar que los tajines no son propiamente huastecos. Sin lugar a duda, la importante ciudad sagrada sería visitada por otros grupos: otomís, tepehuas e incluso mayas peninsulares o del sur de Mesoamérica, así como nahuas y tononacos del centro de Veracruz, llegando a residir en la urbe, cuestión que solo será aclarada en la medida en que avancen las exploraciones, tan necesarias, en las áreas habitacionales de la ciudad.

Ver a El Tajín desde esta perspectiva y desmarcarnos de las posiciones reduccionistas de una sola conformación étnica de tan importante ciudad, nos abre una perspectiva a nuevos paradigmas, como ya lo sugieren jóvenes estudiosos del tema como David Andrade y García Márquez. Se hace entonces necesario revisar nuestro concepto de etnicidad y de los límites de los grupos culturales y quizá sea tiempo de reconocer que más que límites y divisiones sociales entre grupos culturales y lingüísticos, nos encontramos ante una convivencia pluricultural en diversos niveles identitarios, tanto en las comunidades, como hasta la fecha puede observarse en la sierra norte de Puebla o en La Huasteca, como en el nivel regional, en el que el llamado Totonacapan, es un espacio en el que desarrollan su vida muy diversos grupos culturales, como debió haber sido desde la época prehispánica y como sucedió y sucede en otras áreas culturales como La Huasteca.

Es conclusión obligada destacar la importante carencia de información en las distintas especialidades de la investigación antropológica e histórica, que nos pueda brindar mayores elementos, no solo para tratar de identificar o filiar a los grupos étnicos y sociales que construyeron El Tajín, sino para reconstruir la historia cultural de la región. Por supuesto que entre estas carencias se halla la de una discusión teórica que replantee los conceptos y las herramientas de análisis de manera crítica, para aprehender la realidad histórica y cultural de los pueblos mesoamericanos, antiguos y modernos, en el devenir de su historia y desde nuevos paradigmas.

Avanzar en este conocimiento crítico implica abrir nuevas líneas de investigación o enriquecer las que se realizan en el área, conformar y consolidar grupos interdisciplinarios y espacios para la discusión y la reflexión de los datos y de los problemas teóricos que implican y formar nuevos investigadores que atiendan la grave carencia de información en la región, particularmente importante sería formar a investigadores de la propia región y de los propios grupos étnicos involucrados en el asunto. Este es el desafío de la investigación antropológica para la reconstrucción de la rica y dinámica historia cultural de El Tajín y de su región.

## REFERENCIAS

- Andrade, D. (s.f.). El Tajín y la cuestión étnica. En D. Nahmad y A. García (Coords.) *El Tajín nuevas miradas*. [En proceso editorial].
- Barba de Piña Chan, B. (2000). Tajín, movimiento y vida. En *Transcripciones de conferencias magistrales del Seminario Permanente de Iconografía*, núm. 15, DEAS-INAH.
- Brueggemann, J.; Lira, Y; Jiménez P. & Lagunes, C. (2006). La cerámica de El Tajín. En B. Merino Carrión y A. García Cook. *La producción alfarera en el México antiguo III*. México: INAH, pp. 187-220.
- Brueggemann, J. (1991). ¡Otra vez la cuestión totonaca! en *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, (34), pp. 84-85.

- Brueggemann, J. (2010). Estudio paleodemográfico de la población de El Tajín antiguo. En D. Nahmad y O. Ruiz (Coords.) *Memorias del segundo Encuentro de Investigadores del Centro INAH Veracruz*. INAH, pp. 187-220.
- Bernal, I. (1984). *Tenochtitlán en una Isla*. INAH.
- Daneels, A. (2006). José García Payón y Alfonso Medellín Zenil, pioneros de la arqueología del centro de Veracruz. *Anales de Antropología*, 40(2).  
<http://dx.doi.org/10.22201/iaa.24486221e.2006.2.666>
- Daneels, A. (2015, julio 1). Guía para identificar las regiones culturales arqueológicas de Veracruz a través del tiempo. En *Memorias del Coloquio Regiones Culturales de Veracruz organizado por el Centro Veracruzano de las Artes y CONACULTA*.
- Delgado, A. (2004). *Definición de la cultura arqueológica del Tajín*. Proyecto de Investigación. INAH-Veracruz.
- Du Solier, W. (1945). La cerámica arqueológica de El Tajín. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5(3), pp. 147–191.  
<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/anales/article/view/7054>
- Du Solier, W. (1945a). Estudio arquitectónico de los edificios huastecas. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 6(1), pp. 121–145.  
<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/anales/article/view/7037>
- Eckholm, G. F. (1944). *Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, Mexico*. Anthropological papers of the American Museum of Natural History. Vol. 38  
<http://hdl.handle.net/2246/70>
- Faulhaber, J. (1950 y 1956). *La antropología física de Veracruz: dos tomos*. Gobierno de Veracruz.
- Gerhard, P. (1986). *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*. Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Geografía. UNAM.

- González-Martín, A.; Gorostiza, A.; Rangel-Villalobos, H.; Acunha, V.; Barrot, C.; Sánchez, C.; Ortega, M.; Gené, M. & Calderón, R. (2008). Analyzing the genetic structure of the Tepehua in relation to other neighbouring Mesoamerican populations. A study based on allele frequencies of STR markers. *American Journal of Human Biology*, 20(5), pp. 605-13. <http://dx.doi.org/10.1002/ajhb.20787>
- Galindo y Villa, J. (1912). Apéndice. - Las ruinas de Cempoala y del templo del Tajín (Veracruz), exploradas por Francisco del Paso y Troncoso. Notas arregladas. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Tomo III*.
- García de León, A. (1976). *Pajapán: un dialecto mexicano del Golfo*. INAH.
- García Márquez, A. (2014). *El Posclásico en Veracruz. Los nahuas de Cempoala*. [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México]. [https://repositorio.unam.mx/contenidos/el-posclasico-en-veracruz-los-nahuas-de-empoala-64223?c=BI65vX&d=false&q=\\*&i=1&v=1&t=search\\_1&as=0](https://repositorio.unam.mx/contenidos/el-posclasico-en-veracruz-los-nahuas-de-empoala-64223?c=BI65vX&d=false&q=*&i=1&v=1&t=search_1&as=0)
- García Payón, J. (1943). *Interpretación cultural de El Tajín: Seguida de un ensayo de una bibliografía del Totonacapan y región sur del Estado de Veracruz*. UNAM.
- García Payón, J. (1976). *El Tajín Guía Oficial*. INAH.
- García Payón, J. (1989). Evolución histórica del Totonacapan. En L. Ochoa, *Huastecos y Totonacos: una antología histórico-cultural*. CONACULTA, pp. 229-240.
- Gutiérrez, G. (2003). Interacción de grupos lingüísticos en la costa del Golfo de México: el caso de la separación geográfica del idioma huasteco de las lenguas mayas. En J.M. Pérez & J. Rubalcaba (Coords.) *¡Viva la Huasteca! Jóvenes miradas sobre la región*. CIESAS-COLSAN, pp. 24-40.

- Hasler, A. (2011). *El nahua de la Huasteca y el primer mestizaje: treinta siglos de historia nahua a la luz de la dialectología*. CIESAS.
- Hasler, J. (1958). Situación y tareas de la investigación lingüística en Veracruz. *La palabra y el hombre*, (5), pp. 43-49. <http://hdl.handle.net/123456789/3230>
- Hasler, J. (1993). La formación de los grupos totonacas. *La Palabra y el Hombre*, (86), pp. 5-21. <http://hdl.handle.net/123456789/1322>
- Ichon, A. (1973). *La religión de los totonacas de la sierra*. Instituto Nacional Indigenista- SEP.
- Jiménez Moreno, W. (1974). Los portadores de la cultura Teotihuacana. *Historia Mexicana*, 24(1), 1-12. <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2904>
- Jiménez Moreno, W. (1959). *Esplendor del México Antiguo: Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica*. Centro de Investigaciones Antropológicas de México.
- Kelly, I. & Palerm, A. (1952). The Tajin Totonac. Part I. History, Subsistence, Shelter and Technology Smithsonian Institution. *Revista Mexicana de Sociología*, 16(3). <http://dx.doi.org/10.22201/iis.01882503p.1954.3.59732>
- Kirchhoff, P. (1960). *Mesoamérica sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*. *Tlatoani*, (3), ENAH. [https://portalacademico.cch.unam.mx/materiales/al/cont/hist/mex/mexI/histMexU2OA01/docs/paulKirchhoff\\_mesoamerica.pdf](https://portalacademico.cch.unam.mx/materiales/al/cont/hist/mex/mexI/histMexU2OA01/docs/paulKirchhoff_mesoamerica.pdf)
- Krickeberg, W. (1933). *Los Totonacas: contribución a la etnografía histórica de la América Central*. Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.
- Krotser, P. & Krotser, G. R. (1989). La forma de vida en El Tajín. En L. Ochoa, *Huastecos y Totonacos*. CONACULTA, pp. 208-292.

- Morales, S. (2010). Apuntes para una reseña lingüística de la familia totonaco-tepehua. *Diario de campo*, (104), pp. 44-49.  
<https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/articulo%3A14980>
- Lira, Y. (1995). Una revisión de la tipología cerámica de El Tajín. *Anales de Antropología*, 32(1), pp. 121-159.  
<http://dx.doi.org/10.22201/iaa.24486221e.1995.1.345>
- Lira, Y. & Ortega, J. (2004). Los entierros de El Tajín, Veracruz. En Y. Lira & C. Serrano (Eds.), *Prácticas funerarias en la costa del Golfo de México*. UNAM, pp. 57-88.
- López, A. (1973). *Hombre-Dios: religión y política en el mundo náhuatl*. UNAM.
- McQuown, N. (1942). Una posible síntesis lingüística macro-mayance. *Mayas y olmecas*. Vol. 2, pp. 37-38.
- Márquez, P.J. (1785, julio 12) Noticia del descubrimiento de la pirámide de Tajín. *Gazeta de México*, no. 42, pp. 349-351.  
[https://mna.inah.gob.mx/gabinete\\_de\\_lectura\\_detalle.php?pl=Noticia del descubrimiento de la piramide de Tajin PJ Marquez](https://mna.inah.gob.mx/gabinete_de_lectura_detalle.php?pl=Noticia_del_descubrimiento_de_la_piramide_de_Tajin_PJ_Marquez)
- Melgarejo, J. L. (1949). *Historia de Veracruz (época prehispánica)*. Gobierno del Estado de Veracruz.
- Melgarejo, J. L. (1985). *Los totonacos y su Cultura*. Universidad Veracruzana. <http://cdigital.uv.mx/handle/123456789/37128>
- Medellín, A. (1960). *Cerámicas del Totonacapan. Exploraciones arqueológicas en el centro de Veracruz*. IAUV.
- Mena, R. (1927). Monumentos totonacos “Las palmitas”. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4(5), pp. 53-54.  
<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/anales/article/view/6966>

- Nahmad, D. (2018). *En los Márgenes de la Modernidad. La cerámica de los totonacos de El Tajín. Identidad y cambio desde la etnografía de la cultura material*. [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México]. [https://repositorio.unam.mx/contenidos/en-los-margenes-de-la-modernidad-la-ceramica-de-los-totonacos-de-el-tajin-identidad-y-cambio-desde-la-etnografia-de-la-cul-65303?c=B7ZyNd&d=false&q=\\*.\\*&i=1&v=1&t=search\\_0&as=0](https://repositorio.unam.mx/contenidos/en-los-margenes-de-la-modernidad-la-ceramica-de-los-totonacos-de-el-tajin-identidad-y-cambio-desde-la-etnografia-de-la-cul-65303?c=B7ZyNd&d=false&q=*.*&i=1&v=1&t=search_0&as=0)
- Ochoa, L. (1989) *Huastecos y Totonacos: Una antología Histórico-cultural*. Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes.
- Ochoa, L. (2003) La costa del golfo y el área maya: ¿Relaciones imaginables o imaginadas? *Estudios de la cultura maya*, Vol. 23, pp. 35-54. <http://dx.doi.org/10.19130/iifl.ecm.2003.23.390>
- Piña Chan, R. & Castillo, P. (1999) *Tajín la ciudad del Dios Huracán*. Fondo de Cultura Económica.
- Palacios, E. (1940). *Cultura totonaca. El Totonacapan y sus culturas precolombinas*. El Nacional.
- Pascual, A. (2006). *El Tajín: en busca de los orígenes de una civilización*. Instituto de Investigaciones Estéticas-Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Reyna, Y. & Rangel, H. (2005). Una aproximación a la genética de poblaciones antiguas y contemporáneas de la región de El Tajín. *Estudios de Antropología Biológica*, 12(1), pp. 103-107. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/eab/article/view/18856>
- Sahagún, B. (1969). *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Porrúa.

- Sánchez, J. (2004). Influencia religiosa y su correspondencia pictórica entre Teotihuacán y la costa del Golfo en la fase Tlamimilolpa (200-450 d.C.). En M. E. Ruiz Gallut y A. Pascual Soto (Eds.), *La costa del golfo en tiempos Teotihuacanos: propuestas y perspectivas. Memorias de la segunda mesa redonda de Teotihuacán*. CONACULTA-INAH, pp. 245-275.
- Stresser-Péan, G. (2013). *El sol-dios y Cristo: la cristianización de los indios en México vista desde la sierra de Puebla*. Centros de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. <http://dx.doi.org/10.4000/books.cemca.2264>
- Swadesh, M. (1959). *Mapa de clasificación lingüística de México y las Américas*. Cuadernos del Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.
- Trejo, L. (2012). Los totonacos a través de su etnografía. En P. Levy & D. Beck (Eds.), *Las lenguas totonacas y Tepehuas: textos y otros materiales para su estudio*. UNAM, pp. 467-518.
- Trejo, L.; Gómez, A.; González, M.; Guerrero, C.; Lazcarro, I. & Sosa, S. (2014). *Sonata ritual: cuerpo, cosmos y envidia en la Huasteca meridional*. Instituto Nacional de Antropología e Historia [INAH].
- Wilkerson, J. (1974). Subáreas culturales de Mesoamérica del Este. En M. Robinson (Ed.) *Primera Mesa Redonda de Palenque. Parte II: Conferencia de Arte, Iconografía, y Dinastía Histórica de Palenque*. Robert Louis Stevenson School, pp. 89-102. [www.precolumbia.org/pari/publications/RT02/09/Wilkerson1974.html](http://www.precolumbia.org/pari/publications/RT02/09/Wilkerson1974.html)
- Wilkerson, J. (1989). Presencia huasteca y cronología cultural en el norte de Veracruz, Central, México. En L. Ochoa (Coord.), *Huastecos y Totonacos: Una antología histórico-cultural*. CONACULTA, pp. 257-279.

- Wilkerson, J. (1994). Nahua presence on the Mesoamerican Gulf Coast. En E. Quiñones; A. Anderson; C. Dibble; S. Schroeder & F. Hicks (Eds.), *Chipping Away on Earth: Studies in Prehispanic and Colonial Mexico in honor of Arthur JO Anderson and Charles E. Dibble*. Labrythos, pp. 177-186.
- William, W. (1989). Sobre la propuesta filiación lingüística de la familia totonaca con las familias zoqueana y mayence. En L. Ochoa (Coord.), *Huastecos y totonacos: una antología histórico-cultural*. CONACULTA, pp. 304-312.
- Williams, R. (1954). Trueno viejo: Huracán: Chac Mool. En *Tlatoani*. No. 8-9, p. 77. ENAH.
- Williams, R. (1962). *Los Totonacos*. INAH-SEP-CAPFCE.
- Williams, R. (1989). Los tepehuas, otomíes y nahuas. En L. Ochoa (Coord.), *Huastecos y Totonacos: una antología histórico-cultural*. CONACULTA.
- Williams, R. & García, C. (1980). Acerca de la leyenda del trueno viejo. En *Tradición Oral en El Tajín*. Programa de desarrollo cultural de los grupos étnicos en el estado de Veracruz. SEP-Universidad Veracruzana. Xalapa.

Copyright (c) 2022 Daniel Nahmad Molinari.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)

Usted es libre de:

- 1) Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
  - 2) Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material para cualquier propósito, incluso comercialmente, siempre que cumpla la condición de:
- Atribución** — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

[ResumenDeLicencia](#)

[TextoCompletoDeLicencia](#)

Daniel Nahmad Molinari  
El debate sobre el origen cultural de El Tajín  
Revista *Xihmai* XVII (33), 219-250, enero-junio 2022